

Reformismo, tecnología y transformación

También es válido para el sector sanitario argentino el concepto del siglo XX como siglo reformista del capitalismo, un reordenamiento de la riqueza, hasta una reformulación de la plusvalía, una tensión fuerte por legitimar el sistema, tratando de borrar experiencias paralelas, a veces señaladas como ajenas pero en definitiva propias, como el fascismo, y de pujar por motivar las conciencias de los individuos y aún las colectivas en relación con la variante predominante del mercado y del consumo, como fundamento de la modificación reformista sobre la abundancia.

El siglo es reformista, en este sentido de las cosas, lista para adaptarse a los vendavales pero sin transformar la realidad. La prédica reformista no ha alcanzado para impulsar la paz y la tranquilidad y menos la esperanza de las grandes mayorías.

Por ello es que aún frente a sus especulaciones para acentuar la confianza y el crédito en el capitalismo, se puede advertir que la misma se sostiene dificultosamente y en verdad, se percibe una crisis irresoluble que expresa dolorosamente contradicciones profundas insuperables.

No es difícil en consecuencia constatar que el capitalismo al final del siglo se presenta como una forma de relaciones de producción que deberá ser superado.

Hace unos pocos años, en 1989, un filósofo italiano polémico y punzante pensaba sobre el particular que "... cada vez que el reformismo se aproxima a la clase obrera, a la que el mismo capitalismo ha llevado a un nivel tal de madurez y potencia, hete aquí que es entonces sobre todo cuando aparecen, el sentido de ambigüedad y el sentimiento de fragilidad hasta la precariedad"(T.Negri. Fin de siglo. Paidós.Bs.As. 1995,pag.50)

La ambigüedad y fragilidad, hasta el límite de la precariedad, es precisamente el estado del final de siglo para la sociedad capitalista. Cada búsqueda de equilibrio reformista, cada paso innovador propuesto en ese marco de cuidadoso reformismo, determina contrastes y antagonismo nuevos e irre recuperables que persisten en el tiempo.

Importa observar que tales ambigüedades están específicamente dirigidas hacia el movimiento obrero por parte de casi todas las burguesías locales, las que, pasos más, pasos menos, muestran una tolerancia escasísima y bien reaccionaria, aunque envuelvan su prédica en la simulación de nuevas utopías declamatorias.

Todo ello está dirigido pacientemente en cada norma, convenio o programa reformista que apunta a una restauración capitalista buscada y esperada por esas burguesías, frente a la imposibilidad racional de negar la decadencia del sistema que conducen.

Desde aquí es que se puede entender las causalidades por las que el capitalismo del siglo XX y en especial después del interregno entre las dos guerras mundiales, se ha transformado en reformista y su prédica y reproducciones que aspiran insoslayablemente a la continuidad reproducida del capitalismo, intenta solo tenues reformas en las relaciones con las fuerzas laborales, en todo caso tendientes a lograr los consensos que requieren sus objetivos y no perturbar su propio crecimiento.

La estrategia capitalista quiere extenderse a los demás sectores, auspiciando medidas de encuentros y acuerdos sobre su propia supremacía, teñida con el aporte simulado de la esperanza reformista, en utópico horizonte que las contradicciones se encargan de seguir desmintiendo.

Sin embargo esta ilusión alcanzó dimensiones de totalidad que pudo inclusive abarcar no solo a casi toda la burguesía internacional, sino con casi toda la dirigencia trabajadora del mundo occidental, con extensiones sobre el mundo oriental, con las excepciones de las tierras donde crecería otro tipo de especulación transformadora.

Lo cierto es que el siglo se fue conformando como siglo reformista, apagando o mitigando cualquier otra tendencia que pudiera insertarse en un movimiento obrero en expansión, disponiendo así un freno equilibrante y preventivo ante el crecimiento de injusticias, malestares y contradicciones, todo ello y sumado.

El siglo adoptó esta especulación reformista y la socialdemocracia, el democristianismo y hasta la expansión de ciertos populismos, expresan en parte la significación de este sueño equilibrante que finalmente mostrará su condición de formidable simulacro histórico.

Y aparecerá la tecnología

La estrategia consistirá en persistir en el medio de las bondades del sistema, e inclusive modificar sus esencias cuando así sea necesario, particularmente frente a los descubrimientos y construcciones tecnológicas, pero apostando fuerte a su continuidad incesante.

También en este caso, sobre la estrategia del reformismo, verdadera sombra de supervivencia burguesa, crecerá este capitalismo diferenciado, este del posindustrialismo tecnológico y de tercera generación.

Esta etapa del capitalismo, la de nuestro tiempo, la de la tecnología, hará aparecer al reformismo como en retirada, como una fórmula tendiente a evitar y conjurar la crisis de la solución temporaria del Estado de Bienestar., careta ilusoria del reformismo extremo, que sirvió como eximia estrategia de simulación para ahogar toda posibilidad revolucionaria de los movimientos obreros y de las aspiraciones ciertas de las grandes mayorías.

A estas estrategias reformistas, deberán sucederles otras de igual tinte de reforma, o diferentes, pero formalmente unidas al sistema competitivo de este modo de producción.

El capitalismo seguía y ha de seguir sus designios más profundos y en todo caso cualquier estrategia reformista que elabore y ha de continuar elaborándolas, nunca ha de provocar ni la desaparición de su base laboral, ni mucho menos la fundamentación burgués de su condición esencial.

Sin embargo y así lo señala la experiencia histórica, lo ilusorio, lo imposible, mejor llamarlo, la gran simulación seguirá siendo el reformismo, no aquello que ocultaba y quiere persistir ocultando, porque toda reforma enunciada y puesta en práctica no será una reconstrucción transformadora de la realidad, sino la continuidad de la misma, con

otros ingredientes y otros matices, pero siempre encubriendo la verdadera y única realidad que el capitalismo debe proteger, difundir y reproducir sin claudicaciones.

Se trata de su propio sentido, es decir tal como insiste Deleuze, del atributo de los estados de cosas; allí en las cosas sobrevive el sentido y ellas han sido dispuestas por el capitalismo en sus formas dominantes, aunque tal capitalismo siempre este asimismo, dispuesto a establecer las relaciones más particulares con el sinsentido (G.Deleuze. Lógica del sentido. Paidós. Barcelona, 1989, pag. 23), tomándolas, reinventándolas, renovándolas y sobre todo preparándolas para evitar las contradicciones más despiadadas que puedan llevar a su destrucción.

Así ha de proceder con el sentido del reformismo una vez que así lo requiera “el estado de cosas” inmodificables de su esencia estructural. Toda inversión o modificación cierta del sentido y aún la posibilidad cercana del sinsentido del reformismo auspiciado y tolerado, será encausado para retornar a ese estado de cosas admitido y defendido.

Vuelve a tener razón el filósofo francés creador del Antiedipo con F. Guattari, aunque hable de la Alicia de Lewis Carroll y su proyección sirviéndonos para la interpretación del capitalismo tecnológico posindustrial. En el todo, el sinsentido que se muestra en el reformismo, aquello que ha de separarse del “estado de cosas”, aparecerá como lo que no tiene sentido, pero como tal, “se opone a la ausencia de sentido efectuando la donación de sentido” y de esta manera predispone a estas nuevas potencias a olvidar el reformismo inoportuno y saber que “el sentido se presenta como Principio, Depósito, Reserva, Origen..., efecto de superficie, inseparable de la superficie como de su propia dimensión...”. Siempre el sentido de las cosas volverán al origen, principio, depósito y reserva del sistema que requiere y construyó tal sentido.

A nuestro capitalismo tecnológico nuevo, renovado en su insolencia y poderío, no le hace falta más que disipar un poco las brumas, saber volver a su superficie, banalizar o esconder las contradicciones tratando de poner “tensa su piel como un tambor”, para que comience otra vez su gran relato, aunque su discurso posmodernista anuncie la muerte de los mismos.

Entonces su gran relato asegurará aún más la sociedad tecnológica a su dominio, en el seno de su propio modo de producción, que estará recomenzando al retomar otra vez el sentido, el estado de cosas de su esencia celebrando su continuidad y con ella la renovada fórmula de mayor dominio social.

La extrema fórmula de la celebración de este capitalismo de la era tecnológica, vuelve a darse en la propia esencia de esta tercera generación de la producción capitalista que muestra lacerante la sujeción real de la sociedad en el capital, mediada por la fuerza diferente, arrolladora y superdominante de la tecnología. Ella es la determinación de excelencia para la consolidación del Mundo como una unidad que le pertenece. Después de la caída del Muro y del derrumbe del socialismo totalitario todavía stalinista, ese triunfo genera una realidad que viene a condicionar, reduciéndolo y sometiéndolo a tal sujeción, a todo reformismo debilitante y de cauciones utópicas.

Esta realidad de la nueva modificación tecnológica será otra vez propia y singular, solo posible para este capitalismo de tercera generación. Sin embargo y esto es fundamental y las contradicciones así lo denuncian, resulta imposible entender tal realidad

tecnológica posindustrial del capitalismo tardío, simplemente como la obra de la omnipotente capacidad capitalista.

En esto vuelve a residir una verdad histórica que la práctica social señala nuevamente. Las contradicciones ocultan el simulacro de los resultados victoriosos aún anunciados o bien esperados o apetecidos, intentando así dejar en las sombras y el silencio, los ruidos y destellos de las crisis sectoriales y aún globales y de la presencia alterante de nuevas y conflictivas relaciones que ofrecen los opuestos de la sujeción de la sociedad de este capitalismo invasor como nunca antes. Las contradicciones se observan inversamente a lo esperado, como el reconocimiento, la expresión representativa de los límites inevitables del sistema.

Simulando sus resultados y así ocultando sus contradicciones el capitalismo tecnológico intenta esconder las catástrofes de sus crisis, particularmente o como expresión resumen, la catástrofe de la racionalidad, que apenas se la descubre, revela más allá de sus arrolladores y proclamados triunfos de la técnica y de sus declaraciones hegemónicas de poderío invencible, la existencia clandestina para el sistema, de fuerzas sociales, históricas, económicas, culturales, que expresan los marcos eficaces para reconocer cualquier esfuerzo transformador y liberador.

La tecnología ha puesto en marcha contradicciones insospechadas. Allí se expresan algunas de las fuerzas que puján por nuevas apariciones, la participación de los nuevos trabajadores capacitados tecnológicamente, los muestra como nuevos productores en la máquina social del trabajo en este capitalismo.

Ahora el obrero produce nuevas mercancías sociales, sostenido por su saber como condición reciente y sugerente. Aparece así quitándole parte del papel exclusivo de productor que tenía el capitalismo al ejercer el dominio del mando de la fuerza de trabajo.

La interposición entre el trabajador sociotecnológico y el capitalismo con sus “máquinas tecnológicas” muestra otro protagonista, es la presencia del saber obrero y entonces, esa máquina aparece como mucho más vulnerable a la inteligencia y las intenciones del trabajador tecnificado y por eso mucho más socializado.

La posibilidad del sabotaje, del fantasma incontrolable del contrabando tecnológico, de los “piratas” en la red comunicacional del sistema, acrecienta este papel productor que resta potencialidad hegemónica a los capitalistas como productores exclusivos e insustituibles.

La tecnología, en el interior de la clase trabajadora, forjada como nuevo conocimiento, con otro valor diferente como fuerza laboral, con construcción inteligente de su concepto del objeto tecnológico, coloca a los obreros en una nueva condición para disfrutar y aún apropiárselo, del mando y condición sobre el trabajo. Allí podrá ejercer un poder mucho más elevado y decisivo que sobre la máquina industrial, o sobre la cinta de producción fordista.

De todas maneras reconquistar ese mando y esa conducción que aparecen hoy mucho más cerca y posibles, implica la construcción de una conceptualización social ardua, desde el momento que se requiere asimilar una estructura compleja, contradictoria, que

se constituye con la ciencia y la tecnología y en la que los trabajadores capacitados deben enfrentar tales contradicciones, como la asombrosa y creciente desocupación de este mundo del capitalismo tardío, para transformar las determinaciones de la producción tecnológica, sabiendo que nunca como ahora, tal obrero social-tecnológico, está en condiciones de administrar su propia condición de ser social.

Las contradicciones no son insalvables si desaparecen del dominio del capitalismo y son conducidas en su modificación por esta nueva forma del trabajo social. Así deberán reconocerse la existencia de los vectores que condicionan las nuevas fuerzas sociales. Ponderarse el peso de ciencia y técnica y las relaciones sociales resultantes de este capitalismo posindustrial y con ello las condiciones políticas y culturales que le son propias.

Debe advertirse que la complejidad de la estructura capitalista tecnológica muestra las grietas incalculables de sus grandes contradicciones, hoy exageradas en marginados, pobres y desocupados, pero así mismo, esa complejidad se ha visto obligada a contener en su seno la existencia y desarrollo, que se está convirtiendo en el factor esencial para la profundización de todas sus contradicciones.

En esta etapa del sometimiento de la sociedad por esta producción capitalista tecnológica, parece llegado el tiempo de lograr el crecimiento de la conciencia social de los trabajadores, para que entendiendo las contradicciones resultantes de este singular proceso productivo, se conviertan en la contradicción más inteligente y eficaz para transformar ese sometimiento desde la transformación de las otras contradicciones generadas.

Para esto, el primer eslabón de la ardua práctica requerida para sustentar toda posibilidad estratégica de una praxis transformadora, consistirá en abandonar toda seducción reformista para poder derrumbar ese pegajoso sentido de ambigüedad y de fragilidad que conduce a la precariedad de nuestros tiempo y que generará tal reformismo como salida de simulación para mantener el dominio de este capitalismo tardío.

Es la hora de la construcción del concepto del objeto tecnológico y esta praxis tiene Eolo el protagonismo eficaz del obrero social que ha ido creando esta tecnología al servicio, o productora, de este capitalismo.

Tal conceptualización presenta dos elementos distintos y favorables: por un lado un saber obrero que puede ser utilizado en el dominio de la máquina tecnológica y por otro, la existencia de contradicciones crecientes en ese capitalismo que colocan a sus protagonistas, como elementos insoslayables en el nuevo conflicto.

El concepto del objeto tecnológico, pasa en cuanto proceso productivo observado, por la conceptualización de técnica y ciencia al servicio de la sociedad y por la creación en la praxis teórica de los trabajadores, de la nueva energía revolucionaria que asumirá el concepto obrero de las contradicciones de este capitalismo tardío.

Floreal Antonio Ferrara
Abril 1996